



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13618

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MIERCOLES 17 DE ABRIL DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jouss, 31, Faubourg-Montmartre.

DE ACTUALIDAD

La nacionalidad y la Marina

Para las naciones de poca personalidad internacional, el problema de la Marina de guerra constituye, como sucede en España, una cuestión constantemente discutida. ¿Por qué? Porque se carece de aspiraciones, se piensa más en el presente que en el porvenir, y se vive más del pasado que del presente.

Reflejo de la importancia creadora en todos los órdenes y aspecto de la producción de un país, es la Marina, tanto comercial como mercante, dado que una y otra son el anverso de la potencialidad nacional, y si en él la Marina es deficiente ó escasa, la nacionalidad, gira en un radio muy limitado.

Peró á España le ocurre una circunstancia muy especial, y es que habiendo sido grande en el pasado por sus energías y pequeña al presente por sus debilidades, tiene forzosamente que correr la suerte de las grandes nacionalidades por encontrarse en la corriente de la política marítima mundial.

Sería muy cómodo para nuestra nacionalidad aislarnos como la antigua China, constituyendo con Portugal un bloque inaccesible para toda influencia exterior; pero es el caso que la península ibérica, bañada por los mares más comerciales del mundo tiene sus murallas naturales constituidas por el mar que en otro tiempo aislaba y en los actuales establece infinitas maneras de comunicación.

España no puede, aun cuando lo quisiera, permanecer aislada; y aunque su comercio sea de poco volumen, está en constante contacto con el tráfico exterior y experimenta la influencia natural y lógica del estímulo que determina impulsos de desenvolvimiento, que sólo pueden ser satisfechos fomentando el tráfico marítimo.

Ahora que no tenemos colonias lejanas que defender, es, sin embargo, cuando más necesitamos un poder marítimo, á cuya sombra y amparo se desenvuelvan los instrumentos de este tráfico marítimo, y que no son otra cosa que barcos mercantes, que llevan nuestros hierros, nuestros plomos, nuestra producción á los mercados extranjeros.

¿Puede existir una Marina mercante sin estar sustentada y protegida por una fuerza naval militar que haga respetable y respetada la bandera de la patria? Sería absurdo creerlo; y siendo lo primordial el crear una Marina de guerra adecuada á las necesidades de la defensa nacional y á los desenvolvimientos de nuestro comercio marítimo, no es prudente ni patriótico demorar su construcción.

Hagamos escuadra, vigoricemos nuestro poder marítimo y veremos crecer nuestra nacionalidad con el engrandecimiento de todos los medios de acción que han de contribuir á ensanchar el concepto externo de la nacionalidad española, unida por el mar al progreso y á la civilización de que son brillante muestra las grandes potencias.

Páginas Literarias

(DE COLABORACIÓN)

EL LIBRO

Yo no sé qué misteriosa simpatía tiene para mí el libro. Es una atracción hipnótica, un respeto temeroso

el que en mi espíritu despierta un volumen, antes de abrirlo y oírlo devotamente, humildemente, como si viniera de un sér superior, como si deseara y temiera al propio tiempo devorar su contenido... como temía y deseaba Pandora abrir la caja fatal, de la cual se esparcieron sobre la faz de la tierra los terribles males que agobian á la humanidad indefensa.

Héteme sentado ante la mesa, la pluma en ristre, las cuartillas blancas immaculadas, esperando los trazos de la pluma; de pronto los ojos se fijan en un nuevo paquete, en un paquetito desconocido, recién colocado sobre la mesa; la mano se alarga maquinalmente, lo ase y lo vuelve en todas direcciones; los ojos se fijan con avidez en el envoltorio y adivinan lo que contiene. ¡Un libro! ¡Un presente de un compañero ó de un intelectual!

La faja es rota con todo cuidado, y e, libro flamante, nuevecito, recién salido de las prensas, aparece á la luz solicitando una lectura amorosa y detenida; una lectura saturada de una buena dosis de simpatía, quizás de protección. Abrase la cubierta con lealtad levántese solemnemente la primera hoja, y allí, en la falsa portada, sobre el título que bailotea ante los ojos, destacándose del blanco papel, aparecen unos grabados apenas inteligibles, y cuyos trazos no me son familiares.

Deletreo, leo, y doy con una cariñosa dedicatoria; busco con avidez la firma, y hallo un nombre desconocido; miro anheloso la fecha y el pie de imprenta. El galante obsequio viene de lejos, de muy lejos, del otro lado de la Península, y la ciudad donde se ha escrito é impreso me es tan desconocida como el propio autor.

¡Oh, el libro! el pequeño libro! ¡qué emoción tan intensa me produce! ¡cuán dulcemente me hiere la fineza del que me lo ha remitido! el autor ya me tiene cautivado; se trata de un joven que se lanza, valiente y decidido á la publicidad; ó de un poeta que en alas de sus rimas, espera remontarse á las alturas donde reina la inmortalidad, tal vez proceda de un autor ya sancionado por la crítica, que solo desea hacerse con un lector nuevo, movido por el más noble egoísmo; quizás sea el fruto de un desequilibrado que padece la manía de escribir... ¡no importa! el libro ha llegado sano y salvo á mi dominio y se halla ya en sagrado; los demás tomos de la estantería, revueltos en apretado haz victoriosos y vencidos, trascendentales y frívolos, grandes y chicos, lujosos y modestos, le saludarán batiendo alegremente las hojas y le recibirán como á un hermano llegado de lo desconocido para compartir con ellos la cariñosa táltría que les prodigo sin distinción alguna.

¿Cómo no, si el libro es acreedor á todas las consideraciones? El, sólo él ha hecho las grandes revoluciones de la tierra; él, únicamente es quien triunfa, quien perdura, quien reina sobre los pueblos y las naciones! ¡El sólo se perpetúa al través de las edades, y sólo por él reviven en nuestras imaginaciones los sucesos pretéritos, y gozan los honores de la inmortalidad filósofos y poetas, conquistadores y apóstoles, sabios y exploradores...

¡Bendito libro! Por pequeño, por nimio, por humilde que te presentes á mis ojos, no por esto dejarás de formar en las huestes de mis amores, de mis predilecciones; porque eres el fruto de un esfuerzo y de un afán, y los afanes y los esfuerzos merecen siempre y en todas ocasiones las más leales simpatías.

Dice el aforismo que por malo que un libro sea no deja de contener alguna cosa buena, de lo cual se infiere que todo libro lleva cuando menos al

go útil á los hombres, cómo podremos, pues, deshacernos de uno de ellos? ¿cómo nos atreveremos á repudiarle, á expulsarle de nuestra biblioteca con gesto despreciativo, aun cuando nos cueste el dinero del bolsillo?

No temas, librito recién llegado á mis manos, que te aparte jamás de mi compañía, porque seré yo quien te abandonaré con tus compañeros cuando me vea obligado á emprender aquella terrible excursión para la cual no se admite bagaje de ninguna especie...

No importa que me resulte una obra perfecta ó simplemente un tomo más; ello podrá restarte alguna predilección, pero no arrebataré mi cariño; esta estimación que espontáneamente ha nacido en mí por el solo hecho de hallarte sobre la mesa, de haber venido de más allá de la provincia á saludarme en nombre de tu progenitor; en día oportuno ya nos conoceremos más, ya nos comunicaremos quedito y á solas para que nadie nos interrumpa, y en la quietud del estudio saborearé cuanto dices, raya tras raya, hoja tras hoja, hasta llegar al colofón.

Por hoy te soy ya deudo de un servicio que te agradeceré mientras viva: el haberme brindado materia para trazar este deslabazado artículo.

¡Que no es poco!

Román III

COLONIAS ESCOLARES

En el popular diario madrileño, *Heraldo de Madrid*, leí ayer un hermoso artículo sobre Colonias Escolares, debido á la brillante pluma de la celebrada escritora *Colombine*.

Con la elevación de miras que le caracteriza trata el asunto, y lamenta que no se empleen mayores energías para disminuir esa interminable procesión de cajitas blancas que cruzan nuestras calles. Aterra el pensar que mueren anualmente en España 10.000 niños menores de seis años.

Todo cuanto se diga es poco para interesar la propaganda de la humanitaria institución de las Colonias, que hoy se afana en realizar nuestra Sociedad Económica de Amigos del País.

En el extranjero se da gran importancia á estas obras, y las Colonias escolares duran desde Mayo hasta Octubre. Sorprende á su vuelta contemplar los niños que se fueron enfermos

y raquíticos, con las rosas de la salud en las mejillas, sanos, contentos, felices y abrigando en el corazón el germen al amor de la vida sencilla del trabajo y la Naturaleza.

La genial escritora recuerda haber visto el año próximo pasado en el Lido, de Venecia una colonia numerosa de niños suizos, hijos de un pueblo que ha hecho un ideal de la educación y cultura y no perdona medio de formar ciudadanos sanos de cuerpo y de espíritu. Todos los años envía los niños al extranjero en busca de aires vivificantes; los llevan á los sanatorios, á las montañas; se cuida y se instruye á todos.

Aquí, en España, el Estado se preocupa poco de esto. ¡Pobres niños los niños pobres españoles! El Estado no se acuerda de ellos, como acertadamente dice *Colombine*, hasta que los llama al servicio militar; los legisladores sólo piensan en exigirles responsabilidades.

¡Qué contrastel! La libre Suiza forma ciudadanos fuertes, capaces de conocer y mantener sus derechos. En España, únicamente la iniciativa privada se afana por romper el frío de la indiferencia y la rutina; pero hay que reconocer que desgraciadamente se hace poco en este sentido, toda vez que con los entusiasmos, que se emplean en cosas de menor cuantía, podrían obtenerse beneficios sin cuento, aplicándolos á esta obra redentora, con la que simpatizar deben cuantos se precian de cristianos, de humanos.

Una de las obras más necesarias y meritorias, dice la citada escritora, y con ella cuantos piensan alto y sienten hondo, es coger á esos niños anémicos y transplantarlos al campo, á la sierra, á la orilla del mar, donde respiren aire puro oxigenado y se bañen en rayos de sol y oleadas de luz, con alientos sanos, con ejemplos de moralidad, con el espectáculo hermoso de la Naturaleza, que despierta el amor á lo bello y á lo humano.

Rasgos distintivos de Cartagena son la cultura, la liberalidad y lo más hermosa de las virtudes; cuando lleguen las vacaciones estivales, tenga por cierto Carmen de Burgos, que el pueblo cartagenero, respondiéndole una vez más á su historia, enviará muchos niños pobres á la montaña y á las playas á gozar la alegría de vivir, y como pajarillos emancipados de la prisión, abrirán las alas al sol y aspirarán el ambiente del campo en flor.

Antonia Paig Campillo.

MARINA DE GUERRA

Movimiento de buques

Esta mañana, como ayer anunciamos, zarpó con rumbo á Barcelona, después de haber limpiado y pintado sus fondos en el dique de este Arsenal, el cañonero «Temerario».

En este buque ha embarcado el alférez de navío, querido amigo nuestro, D. Juan Feliu, cuya ausencia lamentamos.

Es esperado en este puerto, de regreso de Tánger, el crucero «Extremadura», el cual entrará en el Arsenal para desmontar algunas piezas de artillería y efectuar la limpieza de sus montajes.

Se está proveyendo de carbón y de materias lubricantes para emprender viaje á Tánger, el crucero «Princesa de Asturias».

El crucero «Numancia», escuela de guardias marinas, que se está proveyendo de carbón, saldrá en esta misma semana para Alcedia.

En este punto hará ejercicio de tiro, y después pasará á Barcelona, en donde los alumnos desembarcarán para visitar los talleres de la «Maquinista Terrestre y Marítima» y los de la «Industria eléctrica».

DESDE MADRID

LOS ARSENALES

Nuestro estimado colega madrileño, «A B C» dice en su número llegado ayer á esta ciudad, y en su información de Marina, que han celebrado con el Sr. Ferrándiz una detenida conferencia, los ingenieros navales ingleses Mr. William Beardmore y Leopold Roper, acompañados de Don Arturo Cuyás.

Uno de los primeros es socio principal de un astillero británico, en el cual se ha construido el acorazado *Agamenon*.

Se relaciona esta visita con los propósitos del actual Gobierno de reconstruir la escuadra de guerra.

Respecto de este asunto, ha manifestado persona que se halla bien informada que, como existe el propósito de destinar un mayor aumento en el próximo presupuesto para la construcción de buques de guerra, el ministro encargó á la Junta Consultiva del departamento que hiciera el estudio previo necesario, en líneas generales, pa-

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA 167

libido, un estrepito semejante al de una vagoneta corriendo sobre una plataforma en hueco, y á continuación, otra vez el sonido periódico que parecía producido por el manejo de un instrumento cor-tante.

Las sombras que se dibujaban en la bóveda indicaban claramente formas que se movían con rapidez y regularidad acorde con la periodicidad del sonido y que se detenían cuando éste cesaba.

Cavor y yo nos aproximamos uno á otro cuanto pudimos, y nos comunicamos al oír nuestras impresiones.

—Están ocupados—dijo—muy absortos en algún tra-ajo.

—Indudablemente—asintió Cavor.

—Yo creo que esas señalitas ni nos buscan ni siquiera piensan en nosotros.

—Creo lo mismo. Puede ser que éstos no tengan noticia de nosotros.

—Los otros andan buscándonos por allá abajo. Si asaltáranos repentinamente á éstos, por sorpresa...

Cavor y yo nos miramos en silencio.

—Acaso—dijo por fin mi compañero—podríamos entrar en trato con ellos.

—¡No! De ningún modo—contesté en seguida.

—¡Con estas fachas nuestras y llevando cada-uno!

CAPITULO XVII

La lucha en la caverna de los carnívoros de la Luna

No sé cuanto llevaríamos trepando hasta llegar á una reja que detuvo nuestro avance. Puede que, después de todo, no ascendiéramos más que algunos centenas de pies; pero á mí me pareció que habíamos subido, rastreado, trepado, escalado y gateado de todas las maneras posibles, más de una milla. Siempre que recuerdo aquella marcha porocelina, vi no al mismo tiempo á mi memoria el ruido que al chocar y arrastrar las ordenas seguía á todos nuestros movimientos. Teníamos las manos y rodillas completamente despelladas; los codos acardenados, nuestros vestidos hechos girones. Después de los primeros arañamientos y violencias, nuestros movimientos fueron algo más callados más prudentes, y por lo tanto, menos dolorosos. El ruido de nuestros perseguidores había cesado.